

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y á los que se suscriben en las provincias franco al porlo.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y en las provincias para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO

Reimpresos ya los primeros números de la **Crónica**, cuya edición se había concluido, se han remitido á los señores suscritores que debían recibirlos por los dos últimos correos de la semana anterior. Los de Madrid podrán pasar á recogerlos al despacho de la calle del Príncipe.

Ha terminado la repartición del *Sr. de Bembibre* y se están distribuyendo por tomos la *Maga de la Montaña*, novela inédita de Walter Scott y *Juana de Leiradeen* novela también por Enrique Berthoud; entre ambas forman un tomo de 23 pliegos. Igualmente se ha empezado á repartir por tomos el *Manual de Historia Romana*, que es un volumen grueso de 30 pliegos de impresión, y por pliegos se reparte en Madrid el *Manual de Mitología*, original de don Patricio de la Escosura, en la primera seccion, y las *Obras festivas de Quevedo* en la segunda: para el Manual de la Mitología, damos 50 grabados aparte del texto en el mismo precio de 6 rs., á los suscritores que quieran recibirlos. Inmediatamente despues de este Manual, que hará unos 23 pliegos de impresión, empezaremos á repartir la *Historia de la Revolución francesa* por Thiers, cuya interesante obra costará á nuestros suscritores una mitad mas barata lo menos que la edición mas económica que hoy existe. Mientras tanto vamos preparando la impresión de los *Misterios de la Inquisición* y otras obras pintorescas y económicas que anunciaremos con oportunidad. Suplicamos á nuestros suscritores y corresponsales que activen cuanto puedan los pedidos, porque de otro modo es imposible que el servicio se haga con la regularidad y prontitud que deseamos. Como es tan crecido el número de los que nos favorecen, solo teniendo con mucha anticipación las listas, pueden regularizarse las tiradas y apresurarse las demás operaciones, principalmente la de encuadernación; sobre este punto nos cansaremos de insistir, y para mayor claridad indicamos á continuación las listas que con arreglo á lo anunciado necesitamos recibir.

Del Manual de Historia Romana, los que no las hayan remitido.

De la Maga de la Montaña id. id.

Del Manual de Mitología.

De las Obras festivas de Quevedo.

De la Historia de la Revolución francesa por Thiers.

Concluida la reimpresion del tomo 1.º del **Manual de las Familias**, se han remitido los ejemplares á todos los que los habian pedido.

Esta muy adelantada la edición de la **Historia de América**, cuya preciosísima obra estamos imprimiendo con el mayor lujo y esmero; ademas de los grabados que hemos ofrecido intercalados en el texto, daremos 16, tirados aparte en papel vitela de sobresaliente mérito. Son tantas las reclamaciones que recibimos diariamente para que las suscripciones á esta obra se admitan al precio mínimo de 50 y 54 reales, no obstante haber finalizado el plazo que señalamos con este objeto, que apesar de los perjuicios que pueden seguirse nos, deseamos de dar una prueba mas de nuestra gratitud hemos resuelto que se admitan suscripciones á dicho precio hasta el 13 de marzo próximo sin mas prórroga; en la inteligencia de que la obra ha de repartirse del 20 al 30 de dicho mes, y que una vez empezada la repartición á nadie se dará con rebaja de precio por ningún pretexto ni motivo.

Recordamos por ultimo tanto á los suscritores como á los señores comisionados, la remision de la lista de pedidos de la **España Caballeresca**, edición de lujo, cuyo prospecto hemos repartido ya y cuya impresión vamos á comenzar inmediatamente.

LA MARQUESA DE BRIVILLIERS.

(Continuacion.)

—Paréceme, capitán, le dije, que no habeis dormido mucho esta noche.

—Nada, respondió Sainte-Croix maquinalmente.

—Y por qué motivo?

—Por qué! porque así lo he tenido por conveniente, picado ya de la pregunta: luego continúo con mas agrado: vos, caballero Exili; tenéis motivos para saberlo como yo, pues hace algunos momentos....

—Yo no os comprendo todavía.

—Pues bien, necesito estar solo, sólo, reposo el jóven bastante indignado,

—Oh! á eso si que podeis obligarme, capitán.

pero quisiera antes de partir daros una importante noticia.... la de la muerte de monseñor Mazarin ocurrida hace dos días....

—Mazarin ha muerto!!

—Si; y ahora cambiará probablemente la situación, continuó Exili con aire satisfactorio. Dicese que el lugar-teniente ha caído en desgracia, y M. Caumartin, el buen amigo de madama de Brinvilliers, acaba de solicitar vuestro perdón al ministro Colbert.

—Será cierto? Dios mío! ¿pero quien sois vos, replicó Sainte-Croix, para recibir semejantes noticias en la Bastilla?

—Un refugiado italiano á quien la casualidad proporcionó ser instrumento de un poderoso, y que se halla preso por haber compuesto los venenos de que se servía mi maestro para aumentar su fortuna. Y apropósito de venenos; mirad uno muy raro, añadió con alegría tomando de la mesa una pequeña redoma; pocas gotas de este brebaje tomadas por un animal cualquiera, bastan para adormecerlo por algunas horas; despertará agitado y padeciendo contracciones, hasta dormirse por segunda vez, y no despertará jamás. Yo os abriré su cuerpo, y en los intestinos no encontraréis señal alguna de envenenamiento. Ah! continuaba muy satisfecho y retorciéndose sus largos bigotes, yo espero que algun día me satisfaga mi maestro el sacrificio de mi libertad.

—¿Qué hombre tan malvado! murmuró el capitán entre dientes, porque es una ruin infamia envenenar por monedas de oro....

—¿Qué queréis si ese es mi oficio! pero, tened entendido que no haré uso de estos medicamentos contra mi persona porque, mi noble protector se encarga de cumplir con este deber; de forma que yo soy como si dijéramos el brazo, y él la cabeza. Y se entretenía en rellenar con grande calma su hermosa pipa francesa hasta que Sainte-Croix le preguntó qué clase de interes le había atraído hacia el crimen.

—Una venganza solamente.

—¿Una venganza! repitió su interlocutor muy pensativo.

—Si, la venganza, que es la fatal organización de esta sociedad corrompida.— Ah! no puede hallarse historia mas espantosa que la mia: historia manchada siempre con funudo lodo y salpicada de sangre: historia de difamación y de miserias. Ay! si supieseis cuanto ha sufrido mi corazón antes de preparar un *accedido*, me cierto no me maldeciríais. Yo habia nacido para amar, amigo mío, para ser hombre honrado y útil en la sociedad; pero mirad qué fatal contraste: soy un asesino, un envenenador.... Y embrió por algunos instantes su rostro con las manos: encendiéndolo luego su pipa se puso á fumar con tranquilidad.

Estas últimas palabras pronunciadas con cierta contracción de voz, interesaron el corazón de Sainte-Croix inspirándole un vivo deseo por co-

nocer la historia de aquel hombre tan arrepentido de su siniestra posición; y esperando que como originario de Roma podria suministrarle noticias sobre el origen de su familia, le suplicó le refiriese los acontecimientos de su vida.

—Es historia demasiado larga, repuso Exili colocando la pipa sobre la mesa: pero puesto que formalis decidido empeño en conocerla, escuchad. Soy hijo de cierto personaje rico que sedujo á mi madre hace veinte y cinco años....

Sainte-Croix pretendió interrumpir al orador; pero Exili sin hacer caso de aquella exigencia, continuaba de esta suerte:

—A los quince años de edad, salí del colegio en que me educaron, y entré á servir á un célebre boticario de Roma. A los diez y siete, mi maestro, el mas ignorante de todos los droguitas de Italia, me citaba siempre como el mejor de sus discípulos: verdad es tambien que yo pasaba los días y las noches entregado á los experimentos y estudio de los buenos tratados de botánicos y alquimistas alemanes. Desde entonces concebí la risueña esperanza de alcanzar por mis estudios entrada en la academia de Bolonia (dispensadme esta corta digresión, capitán.) Cerca de nuestra botica tenia su taller un sastre, y una jóven tan hermosa como modesta visitaba de continuo al droguita mi patron. He aquí que la fatalidad que todo lo puede, hizo me enamorase de ella con una pasión sin límites, robustecida con la aceptación de todos mis galanteos, de suerte que en mi entusiasmo rogué al maestro la pidiese para mí en casamiento. Un obstáculo de gran monta se interponía á mis deseos: era preciso mucho oro, y yo solo poseia una facultad con poco crédito que ofrecer al padre de Eloisa. Este nombrado artesano, hombre de esclarecidas virtudes y muy querido en la capital, no se dejaba seducir por los atractivos del honor ó de una probidad no desmentida: él no ambicionaba mas que oro, mucho oro, un manantial de oro. ¿Tus ciencias, tus estudios, jóven, me repetía muchas veces, ¿á qué pueden conducirte? ¿á que te llamen sabio y nada mas! ¿Y á quien suelen llamar sabio en nuestros días? á un pobre diablo sin patria, sin lugar, que habita un derivado granero dormitando sobre un fecho miserable, y nunca paga sus deudas. ¿Linda profesión á lo mío! Nada, nada, abandona esa vida despreciable si quieres obtener mi hija. ¿Esperas por ventura que el mundo tenga en cuenta tus vigilias, tus suspiros, y que sabrá recompensar tus méritos? Olvida esas ilusiones fantásticas, y creeme: la sociedad está tan corrompida, que solo adora el dinero despreciando los pomposos títulos; y como yo conozco que las drogas proporcionan poco, resignate á abandonar tu oficio. Vuelve á Nápoles, calócate con el banquero Jull Levy, gana allí dos mil escudos romanos, y te prometo la mano de mi Eloisa.

Comprenderéis bien, capitán, que bajo ese supuesto no llegaría á obtener nunca la mano de mi

hermosa, pero la casualidad lo decidió en contrario. Cierta jóven que frecuentaba mucho su casa, llegó una mañana á la botica, y despues de felicitarle por mis conocimientos en farmacia, me preguntó si sabia componer venenos activos. Sorprendido al escuchar tales negocios en boca de un noble tan poderoso, nada acerté á responderle, y menos cuando al despedirse me repitió: «os regalo dos mil quinientos escudos romanos, si antes de un mes me preparáis uno que no dejase ningun rastro del atentado. ¿Labels oído bien, Paolo?»

Sainte-Croix hizo un movimiento de sorpresa. —Porque es de advertir, amigo mio, que yo entonces me llamaba Paolo, repuso Exili. Aquel jóven vino á confundir mi espíritu: me horrorizaba de llevar á término su empresa; pero amaba tanto á mi Eloisa... y yo no tenia bastante oro con que comprarla... para casarme, quiero decir. ¡Ife aquí las bases sobre que está formada la sociedad! Me prometian dos mil quinientos escudos por cometer una accion infamatoria, ¡y no me hubieran pagado veinte y cinco por mi mejor invencion!! Al fin continuando mis experimentos sobre el arsénico, el orpimental, y el antimonio, encontré un veneno demasiado violento, es verdad, pero que no dejaba ningun rastro, y al entregárselo al jóven, recibí mis dos mil quinientos escudos romanos.... Tres semanas despues se celebraban en la Iglesia de San Pedro en Roma los funerales del padre de aquel jóven, y mi casamiento con la interesante Eloisa. Hice creer á mi suegro que sabia ya convertir los metales, y el vulgo proclamó con asombro que habia descubierto la piedra filosofal; empero mi suspirado enlace dió origen á una larga serie de desgracias.

Cierta hija de un elevado aristócrata, apostó cien escudos de oro entre los desórdenes de un banquete, á que antes de ocho dias habia conquistado á mi Eloisa; como si nuestras mugeres, hijas del pueblo, no fuesen mucho mas honradas que las de títulos y esculpidos blasones. ¡Llamáronme en la calle bastardo, marido complaciente, y me señalaban tambien con el dedo. ¡Oh! ¡he sufrido tanto sin tener derecho para mi venganza!... ¡eran caballeros capulidos, eran nobles! y sin embargo ejercié mi furor. Tres dias despues de la atrevida apuesta, escribí un billete al mias apuesto y fanfaron citándole para mi propia casa, firmado con el nombre de mi esposa, y tuvo suficiente osadía para acudir con puntualidad con la sonrisa pendida de sus labios y menospreciando mis derechos legitimos. Tomó asiento en una cómoda butaca esperando la muger á quien habia ultrajado con villanía, y bebió del vino de Burdeos que le preparé de antemano, espirando entre los mas agudos dolores.... Cargué su cadáver sobre mis espaldas, y lo arrojé á las aguas del Tiber... ¡la maldicion del cielo me seguía! Mi encantadora Eloisa á quien envié oportunamente á casa de sus padres, volvió durante mi ausencia, y hablando tambien de aquel veneno mortifero, cuando llegaba á su gabinete

¡ay! exaló su postrer suspiro dirigiéndome una mirada desconsoladora.

El desgraciado Exili detuvo su relacion por algunos momentos.

—Denunciado á la policia, tuve que mudar de nombre por el que ya sabéis; abandoné á Roma, y errante por sus campiñas, burlaba la vigilancia de los estaferos (1) del padre santo. Una religiosa del monasterio de Jesus que conoció mucho á mi madre, y á quien tributaré en todos tiempos mil pruebas de gratitud, me recibió en su cénvencio, y conseguí reducirme al sendero de la virtud, aunque por desgracia no fuo en cuenta la justicia mi arrepentimiento. La mañana que debia ser preso según todas las noticias, un viajero francés iniciado en mis crímenes y en mi nuevo descrepimiento, pagó mi rescate y me condujo á su país bajo la condiccion de que continuaria con el mayor sigilo mis composiciones de venenos. ¡Decid, querido capitan si era posible permanecer hombre honrado con tales exigencias! La necesidad y la costumbre borraron de mi corazón los distintivos del honor, y al cabo doblégado á sus intentos, retrocedí á la criminalidad. Todo nos fué próspero y ventajoso durante cuatro años: pero sospechas demasiado fundadas recayeron sobre mi rico protector y contra mi persona, y permitió me encerrasen en esta Bastilla prometiéndome su apoyo, donde recibí atenciones de toda especie. Esta es la historia de mi vida y de mis desgracias.

Admirado Sainte-Croix del relato, no sabia que responderle. ¿Con que os llamais Paolo? exclamó sobresaltado. ¡y el nombre de vuestra madre?

—¡De mi madre! no me recordeis ahora sucesos tan tristes: la infeliz seducida como tantas mugeres, y abandonada por el duque de Miremont, se llamaba.....

—¿Por el duque de Miremont! Dios mio! suspiró Sainte-Croix bañado en lágrimas ¡por el duque de Miremont! Ah! ya advino el nombre de vuestra madre: llamabase Fornarina, y vos Exili ó Paolo, de cualquier modo, sabís.... pero si me habian escrito que no existia.... y entregándole una carta, ¡leed! ¡leed! repitió á Exili con una emocion estrordinaria.

—Carta de la hermana Maria!!

—Si; de la hermana Maria, exclamaba Sainte-Croix por lo bajo.

—De esa religiosa que me protegió en mis apuros, y leso muchas veces aquel papel con entusiasmo. Con que es decir, capitan, arrojándose en los brazos de Sainte-Croix, que vos sois mi hermano?

Y aun permanecian fuertemente abrazados cuando los sorprendió un escribano entregándoles un decreto con la rúbrica del rey.

—Ya estamos libres! prorumpieron los dos hermanos á un tiempo.

(1) Con este nombre se conocian ciertos empleados de policia en Roma.

—Yo parto esta misma tarde para Londres acompañando á mi protector, prorompí Exili con júbilo.

—Pero ay! ¿cuándo nos volveremos á ver?

—Pronto, muy pronto.

—El cielo nos conceda esa gracia!

Sainte-Croix abrió entonces una carta en que la marquesa le notificaba, que su padre aunque caído en desgracia, los perseguía por el crimen de adulterio. Tan pronto como acabó su lectura, tomó la redoma y pergamino de sobre la mesa, y cogiéndose del brazo de Exili marchó diciendo: ¡A los dos quiere castigarnos el caballero lugarteniente!

III.

Todavía á principios del reinado de Luis XVI se enseñaba la casa en que Sainte-Croix compuso los venenos después de su salida de la Bastilla, situada en la plaza de Maubert, callejuela de Marchantes de caballos. Componíase de dos malos pisos formados de madera y tierra con el adorno de cuatro deformes ventanas, y cuyas paredes se veían agrietadas por todos lados; el interior contenía una escalera ya desvelada, tabiques negruzcos y húmedas habitaciones con muy pocas luces. Esta era en compendio la casa propiedad de madama Beroad que alquiló Sainte-Croix bajo el nombre de M. de Breuille, por los años de 1662. Al cabo de diez años que habitaba en aquella callejuela sin salida, extrañas versiones circulaban sobre su manera de vivir. Unos le suponian hechicero y en inteligencias con el diablo; otros un pecador arrepentido que espiala sus crímenes trabajando incesantemente por encontrar la piedra filosofal. Susurrábase por último, que los más aterrados de la plaza Maubert, no se determinaban á salir desde que anunciaba la campana el toque de oraciones, dando cabida para tamaños ensueños el que hacía la mitad de la noche se habían observado los vecinos entrar en casa acompañado de un criado y ócultando papeles ensangrentados. Cierta noche que iluminaba la luna aquella cloaca, vieron también entrar tres personajes envueltos en unos grandes manteos, y á la mañana siguiente no habían salido mas que dos. Pero todas estas suposiciones comentadas ó interpretadas por las lenguas largas de la calle Ambouise, no llegaban á la siguiente: El padre Cristóbal, decían las beatas de la plaza Maubert, el decano de los pobres de Notre-Dame, oyó en la noche de todos los Santos una detonación espantosa que le llenó de pavor; levantase, abre la vidriera de su aposento, y mirando hacia la casa de M. de Breuille, halló en medio de una higuera amarillenta, al mismo Lucifer destrozando con sus uñas un cadáver estendido sobre una mesa. El espanto hizo que lanzase un agudo grito, y cerróse de repente la ventana de M. de Breuille... Tres días después el padre Cristóbal entregó á Dios su alma...

¿Qué era pues lo que acontecía en casa de M.

de Breuille? Para averiguarlo, penetremos en aquel cuarto obscuro que llamaremos en adelante laboratorio de Sainte-Croix. Figúrense los lectores un interior cual pudieran describirlo Ruysbrank, Rembrandt y Vas-Ostade reunidos; un inferior mas sucio que el gabinete astrológico de Ruggiero, y mas sombrío que la celda de Claudio Frollo el arcediano de Notre-Dame. Una habitación pequeña como angosta y baja de techo, y con las maderas casi al descubierto; las paredes cubiertas con figuras simbólicas, signos geroglíficos, caracteres hebreos, griegos y persas dibujados con carbon y pintados de colores diversos: esqueletos de animales, pellejos de culebras y víboras, reptiles disecados y rellenos de paja, estantes de libros y toda clase de crisoles, plantas y minerales de cualquiera especie. Veíase luego á la derecha grandes y pequeños hornos; alambiques, retortas de vidrio, barro, y piedra de granito; en la fachada, el célebre horno filosófico, el generador de los alquimistas en donde tenía lugar el grandioso trabajo de la destilación del elixir que alargaba la vida. A un otro lado tablas de mármol en que se extendían los cadáveres destrozados; y finalmente á la izquierda un magnífico escritorio con embudidos, y sobre este papeles, botellas, alambiques y gruesos libretos cubiertos de una buena capa de polvo ó ceniza. Delante del escritorio se hallaba Sainte-Croix ocupado en descifrar algunos gruesos caracteres señalados en un roto pergamino; ¡Maldito sea el lenguaje de los alquimistas! exclamó golpeando fuertemente sobre el especulum de Roger Bacon que tenía á la vista: ¡Siempre emblemas y figuras simbólicas para indicar aun las cosas mas simples! ¡Que encuentre siempre en las obras del árabe Geber ó del sabio Albert, en los tratados de Arnould de Villanenve, ó de Raimundo Lulio, la misma obscuridad, la misma incertidumbre!

Calló por algunos momentos, y leyendo después á media voz en un libro en cuarto con cantoneras de plata, repetía en voz alta:—Juan de Meung, Nicolas Flamel y Jacobo Cour el desgraciado platero del rey Carlos VII, han traducido como yo *marie* por acero, *robla hueco* por crisol, *cisne blanco* por mercurio, y ellos han conquistado una reputación envidiable: ¡porque, pues, desanimarme yo tan pronto en esa misma carrera?

El célebre Puflactetes, no ha dicho: No creáis jamás que está ciencia haya sido conocida de muchos, como piensan sencillamente los ignorantes: para obtener sus maravillosos secretos, hemos sudado mucho y trabajado largamente; hemos comprado, si así vale decirlo, sus descubrimientos con el precio de nuestras viglias.

¡Ea pues! trabajemos con ahínco, exclamó cogiendo un crisol próximo al reloj de arena; ya tengo en mis manos lo que puede hacerme hombre honrado para el mundo, lo que puede hacerme mucho mas aun; asentista de todos los ramos que no administre la corona. ¡Oh fortuna, fortuna! Tu únicamente sabes sacar partido, y ofrecer milagros



como el miel El oro!!! la posesion de mucho oro, eso es más apetecible en la vida que cualquiera otro género de felicidad... esos es el cielo para el hombre... y para mí que no tengo más que deudas!

Colocó sobre su papetera el reloj de arena, y vasos y retortas que condujo al hornillo; derramó sobre un alambique de hierro cierto aceite espeso extraído de un cadáver, y comenzaba sus trabajos. Un crisol de piedra arenisca con figura escueta recibió porción de sustancias difíciles de recordar, porque las botellitas que las contenían estaban rotuladas con signos extravagantes y astronómicos; derritió una porción crecida de cera mezclada con goma alquitra, repitiendo palabras pertenecientes al idioma árabe, y vertiendo aquella mezcla espesa sobre el crisol, lo cubrió por encima con mercurio proclamando en voz alta esta frase de Geber: El mercurio es el alma de la alquimia; tapó con esmero el crisol, y lo colocó con ayuda de unas largas tenazas en medio del horno.

La fisonomía de Sainte-Croix pálida siempre y de mal agüero, oscurecida con el humo de los carbones, y rojiza también con el resplandor de aquellas llamas, tenía efectivamente algo de horrorosa y de endemoniada. Su laboratorio sumido en la obscuridad y sin recibir durante el día otras luces que la de los hornillos, asemejábase á una caverna del infierno. Habían transcurrido ya dos horas que ni alzaba sus ojos del suelo, ni movía la cabeza, porque aquella importante operacion le absorbía todos los sentidos; cuando sonó el reloj de los carmelitas, y Sainte-Croix se detuvo un poco para contar sus funebres campanadas. Pasea ya algunos minutos, y el secreto de la piedra filosofal no será dudoso para mí. Con operaciones semejantes el elector de Maguncia redujo el oro puro á veinte y cuatro quilates, Gustenower de Strasbourg segun el célebre Jacobo Heilmann, transformó en 1603 á presencia del emperador Adolfo II, balas de plomo en otras de plata, y balas de mosquetero en oro; veamos ahora si yo he tenido ese acierto, y si el crisol ha tomado el verdadero color rojo como indica el folleto de Alberto el grande.

Retiró entonces de la hoguera el crisol que habia tomado el vivo color del fuego; ¡oh! la alquimia es una ciencia grande! exclamaba en el paroxismo de su alegría; razon Invo Philactetes para decir que solo los perezosos ó estúpidos debieran ignorar sus secretos.

Ya tengo ora, mucho oro como deseaba; oro, para sofocar mis remordimientos, y poner término á otros crímenes prematuros—Ay! olvidemos ya todo lo pasado, porque yo no debo pensar más que en mis riquezas futuras.

Sumergió muchas veces el crisol en una vasija con agua, y lo destrozó con el martillo para descubrir las ricas materias que contuviera.... Pero ¡cuál no hubo sido su admiracion y quebranto, al encontrar en vez de una barra de oro cierto metal negruzco, sumamente despreciable!—Desgraciado! exclamó el alquimista rechinando sus dientes, y

arrojando á la hoguera el fruto de seis años de estudios y experimentos: tan grande habia sido su dolor, que permaneció por algunos minutos en pie inmóvil ante su horno, y la vista clavada en aquella fusion metálica: así hubiera permanecido mas tiempo, si tres golpes en la puerta del laboratorio no le hicieran recuperar su comovida razon. Era Martín su criado, que le presentaba dos cartas: una del usurero Belleguisse, y del caballero de Caumont la otra.

—Ah señores míos, ¿con que me exijis os pague en el acto? pronuncio con rabia despues de ojear aquellos renglones—; Vos, usurero Belleguisse, porque he rehusado hace ocho dias evencenar á vuestro padre! ; Vos, caballero de Caumont, porque no he querido reconocer las diez mil libras que me habeis robado en el juego. Rasgó al punto aquellos billetes y se puso á pasear por el laboratorio, hasta que pareció acometido por una idea repentina.—No es tiempo de titubear se dijo: Belleguisse es rico, es interesado, y escribiéndole acudiré muy pronto... tendré un acreedor menos y las treinta mil libras pagadas; podré enviar mañana á casa del difunto señor de Belleguisse la enorme suma de ochenta ó cien mil libras, lo que quiera. Y ocupando su asiento en el escritorio, estendió una carta del tenor siguiente.

16 de julio de 1672.

• Mi querido Belleguisse: vuestro billete no podía haber llegado mas á tiempo: he obtenido ser hombre feliz y me considero ya rico, porque he descubierto el secreto de trasmutar los metales. Venid á mi casa antes de las seis, y os haré partícipe en mis descubrimientos, abonandós las treinta mil libras de mi deuda. Vuestro de corazón.—*Sainte-Croix.*—

Y repasó estas breves líneas en tanto que colocaba sobre la mesa cierta redoma pequeña que contenia un liquido sin color, y entregó al criado la carta diciéndole por lo bajo—Para Belleguisse; y cien ducados te regalo si mañana antes del anochecer, el caballero Caumont, ha bebido este liquido.

He aqui dos deudas satisfechas á un mismo tiempo, exclamaba luego Sainte-Croix frotándose las manos y paseando por su laboratorio. Pocos instantes despues cubierto su rostro con una careta, se ocupaba en embotellar algunos aceites, cuando sintió cerrarse la puerta suavemente: aplicó el oído, y tocaron dos golpecitos en la manopara del gabinete.

—Ahrensé, ábré, soy yo, exclamaba el eco de una mujer desde afuera.

—; Dios mío! la marquesa aquí!!!

Y era con efecto la misma. Sainte-Croix dió vuelta al pestillo de metal de la manopara, volviendo á dejarla cubierta con el rico tapete que oscurecía mas su laboratorio, y ofreció á Madama de Brinvilliers un cómodo sillón, sentándose luego á su izquierda. No era ya la marquesa aquella dama bella y elegante que habíamos descrito al principio de nuestra historia. Su rostro pálido y demagrado de-

notaba larga serie de padecimientos; sus ojos estaban hundidos, sus labios aparecían lividos; sus largos cabellos de ébano habían encanecido extraordinariamente.

—Ah! te ha sorprendido mi visita, pronunció con voz apagada y depositando sobre el sofá una pequeña cajita, cuando había jurado no traspasar jamás esa puerta desde la terrible noche en que me arrastrastes á este gabinete temblando y casi perdida mi razón!

(Se continuará.)

DE LA ARQUITECTURA GÓTICA.

(Primer artículo.)

Por largo espacio de tiempo ha estado la arquitectura gótica postergada y aun desdenada de los artistas, que hoy sin duda por esta misma razón va rehabilitándose y operando hasta cierto punto una reacción. Ya se agotan todas las fórmulas danditas para celebrar como admiradores entusiastas lo que no hace mucho pasaba desapercibido y contemplaban nuestros ojos con fealdad y hasta con indiferencia. Tal es la marcha en general de todas las cosas terrestres, tan difícil de sostenerlas en sus justos límites, sin que caigan á su vez todas en el extremo contrario del que han salido. Sin embargo debemos reconocer que el arte exija una patente reparación y no obstante nuestro proselitismo, muchas veces ciego, creemos que nos acercamos más á la verdad, con el culto por ídolos que parece, que tributamos á las venerables reliquias de los pasados siglos; ó á lo menos es nos excusable, que nuestro ateísmo en otras épocas, porque las artes como la moral, exigen su religión, sin esta no haría el hombre nada grande ni duradero.

Es sobre todo en los monumentos consagrados al culto, en esas grandes é imponentes basílicas alzadas á la divinidad, donde podemos estudiar la arquitectura de la edad media. Por esta razón contamos con dar sucesivamente á nuestros lectores en algunos números de la Crónica, razón y noticia de algunas también de las principales catedrales é iglesias de España, Francia, Alemania é Inglaterra &c. reuniendo á la parte descriptiva, la relación de los hechos históricos, crónicas y tradiciones locales que les pertenezcan.

Ahora, antes de examinar minuciosamente estas gigantesca construcciones, vamos á presentar algunas consideraciones generales que nos servirán de jalones en la senda que hemos de seguir.

Basta echar una sola mirada por las grandes iglesias construidas en la época de la edad media para descubrir un carácter solemne y religioso, que no presentan en el mismo género las imitacio-

nes de la arquitectura griega y romana. Así es que las basílicas de san Pedro en Roma, la de san Pablo en Londres y de santa Genoveva en Paris, verdaderas obras maestras de la escuela moderna, están á pesar de su magnificencia muy lejos de despertar en nosotros ese sentimiento de veneración, esa emoción inexplicable que se apodera de nuestra alma al contemplar edificios de mas remota antigüedad. La soberbia catedral de Burgos y otras construcciones de su género, son la demostración de esta verdad.

Qué elevación y que ligereza en aquellas bóvedas de valiente y graciosa curvatura ojiva, cuyas molduras delicadamente perfiladas sorprenden y encantan las miradas? Qué esbeltez en las masas de sus paredes agujereadas por largas hileras de ventanas, y festoneadas con tanto arte que no parece sino que la piedra se activizaba en las manos del escultor para adquirir á capricho del artista, las formas mas variadas! Qué oportunidad en la disposición de los pilares, bien sea en forma de magestuosas y solitarias columnas coronadas de hojas u adornos simbólicos, ó bien bajo la de un conjunto de delgadas columnitas que parecen elevadas á prodigiosas alturas por el leve impulso de un soplo! Qué inmensidad en sus espacios peristilos, en las multiplicadas naves á cuyas vistosas arquerías se reúne lo pintoresco de los accidentes de luz producidos por el misterioso efecto de las pintadas vidrieras! Todo parece digno de la suprema magestad, todo tiende á inspirar el respeto en estas sagradas estancias que pueden considerarse como una ingeniosa imitación de las inmensas cuevas formadas por antiguos bosques, impenetrables asilos de los primeros misterios religiosos.

Estas elocuentes reflexiones que tomamos de los escritos de un sabio arquitecto genovés, nos parece que reproducen felizmente las profundas sensaciones que nacen con la consideración de estos admirables monumentos. Pero cuánto no ha de crecer nuestra admiración, cuando pensamos que tan soberbias construcciones remontan su origen á épocas de ignorancia y de barbarie! Todos los días suena en nuestros oídos la pregunta de que medios emplearon los hombres de la edad media, para construir tan colosales y eternos edificios, cuando hoy nos es tan costoso elevar los muy débiles que construimos? Y nosotros, creemos haber acertado con la verdadera y fácil explicación de este enigma; al parecer creemos haber tropezado con la causa que ha producido esos amontonados enjambres de mármol! Los hombres de entonces poseían en muy alto grado la fé, de que nosotros totalmente carecemos. Cuando la media edad quería construir un monumento, no sometía los planos á las academias de ingenieros civiles, ni de arquitectura, no pedía á las cortes, ó al consejo supremo del rey, asignaciones anuales que pudiesen naufragar en una votación, sino que sus obispos anunciaban estaba concedido un número conside-

vable de indulgencias, para todo el que voluntariamente se presentase á trabajar; los monges predicaban en todos los ángulos de la cristiandad estas indulgencias, y de todas partes acudían peones que trabajaban poseídos de fervor cristiano, y las obras crecían maravillosamente. Estos son los poderosos medios que se han empleado para la construcción de esas gigantescas catedrales; así era como se estimulaba el genio de los artistas. Las indulgencias, solo las indulgencias, eran el inagotable tesoro, el fondo comun de aquella edad, para todas sus grandes obras; un camino que abrir, la construcción de un puente, ó la reparación de un dique.

Muy difícil sería tratar de explicar el porqué de la arquitectura de la edad media, se la designa con el nombre de arquitectura *gótica*. Si se pretende ó quiere suponerse que el pueblo *godo*, despues de crear en su país un género particular de construcción, lo habia transportado consigo en sus conquistadoras emigraciones, era casi indispensable que en Italia y en Francia existiese algun edificio, algun templo, cuyo origen remontase á la época en que los godos poblaron estas regiones, es decir del sétimo siglo, mientras que al contrario la fecha de los monumentos llamados *góticos*, es muy posterior á aquel tiempo. No nos entretendremos en disipar las dudas que existen sobre este punto, ni en intentar la conciliación de las diferentes opiniones que tienen á los artistas divididos. Porque que nos importan las etimologías ni las cuestiones de nombre? Nosotros preferimos ocuparnos de las cosas, mejor que perder tiempo en discusiones estériles y ociosas.

El arte *gótico* fué el reinante desde el siglo XII. Su signo característico, su tipo esencial es

la *opiva*. La necesidad de establecer en las iglesias católicas bóvedas que se alzaban á excesiva altura, con dimensiones respetables y basadas en aislados pilares y columnatas, obligó á los arquitectos á adoptar en aquella época, el sistema de construcción que es mas susceptible de subdividir y equilibrar la pesantez y el empuje de los arcos.



Puerta de los siglos X y XI.

En los siglos X y XI es decir, antes que la *ogiva* reemplazase al arco circular, la arquitectura con sus pesados muros, sus estrechas ventanas y sus estendidos y raros arcos, no ofrecia á la imaginación mas que la idea de la solidez, á la que no se



Cripta de una iglesia antigua.

habia reunido aun la ligereza y elegancia que mas despues arrebatava las miradas. En efecto, no es posible que el arco circular se preste en las grandes construcciones a la ligereza que la ogiva, de manera que considerado bajo este punto de vista, la introduccion de la ogiva en la arquitectura, operó una revolucion completa, que no se hizo sin embargo bruscamente y sin transicion, pues que las antiguas formas prevalecieron aun largo tiempo, siendo una prueba de ello los edificios del siglo XII que nos ofrecen la combinacion del arco circular con el agudo.

Los grabados, mejor que un frio analisis son susceptibles de dar mas exactitud a las ideas acerca de las diferentes generos de arquitectura de los interesantes épocas a que nos referimos. Ya hemos presentado un modelo del genero de construccion mas de moda y comun en los siglos X y XI. En el grabado primero se echa de ver el hacinamiento de piedra y la pesadez de las bóvedas de que poco ha hemos hecho mérito. He aqui ahora en el que le sigue, reproducido el mismo estilo,

En el siglo XIII es cuando puede decirse que triunfó la revolucion en el arte; siendo definitivamente sustituida con la ogiva el arco semi-circular, no obstante que aun en medio de esta y otras innovaciones se percibe la amazacotada solidez y la disposicion monotonica de líneas, que revelan mas severidad que elegancia, mas timidez que ingenio, marcas distintivas del estado del arte en los siglos anteriores. Poco a poco iban tambien adoptándose algun genero de adornos, aunque toscamente concebidos y ejecutados, como son pilastras circulares, cantonadas en forma de cruz, y tambien cuadradas, perfiladas realmente hasta las molduras de las bóvedas y de las arcadas, a las que se juntaban inmediatamente sin capiteles ni coronamientos de ninguna especie. Las ventanas al principio muy largas y estrechas, las fueron poco a poco ensanchando y embelleciendo sus contornos con sencillas grecas y adornos primeramente, y despues con otros mas complicados y de mas gusto. Y a fines de este siglo comenzaron a aparecer algunas esculturas graciosas y de acabada ejecucion, y los pórticos los engalanaban con ligeros capiteles y delicados festones, que puede decirse eran la aurora del tesoro que el arte habla de explotar en los próximos y venideros siglos.

El grabado que sigue es una prueba incontestable de lo que dejamos referido, pues ya los adornos de esta puerta aunque sencillos eran un progreso; en ellos se descubre cierta tendencia hacia un estilo mas florido.

Dos causas poderosas influian entonces tambien activamente en el gusto para las decoraciones y los adornos de los monumentos góticos; hacemos mérito de los adelantos del arte de platería, muy en voga en aquel tiempo, y de la arquitectura árabe que se extendia cada vez mas y con mas aceptacion. Así es que el gusto a los festones a los calados y a todos los ligeros detalles que admiramos hoy aun

en las tircas de platería de la edad media, dió en por una parte el tono a la arquitectura, mientras



Puerta del siglo XIII.

que por otra la magnificencia y variedad de los monumentos que en nuestro país construyeron los árabes, durante su dominacion desde el siglo X hasta el XV, no pudieron menos de influir notablemente en el ánimo y estudios de los arquitectos que profesaron el arte gótico, sobre todo en una época de transicion en que habia imperiosa necesidad de abrirse camino por nuevas sendas.

ANUNCIO.

En el Gabinete literario calle del Principe, hay un abundante surtido de **Oficios Divinos** encuadernados, de todas clases y precios. En pasta fina, tafete, con planchas y cortes dorados, terciopelo liso, de mosaicos y con adornos dorados, y plateados de esquisito gusto. Tambien hay **Semanas Santas**, de varias ediciones con finisimas láminas y encuadernaciones de todos generos. Los pedidos en las provincias se dirigen por conducto de los corresponsales del Establecimiento tipográfico del Sr. Mellado.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
DE DON FRANCISCO DE P. M.—EDITOR—
 calle del Sordo, núm. 11.